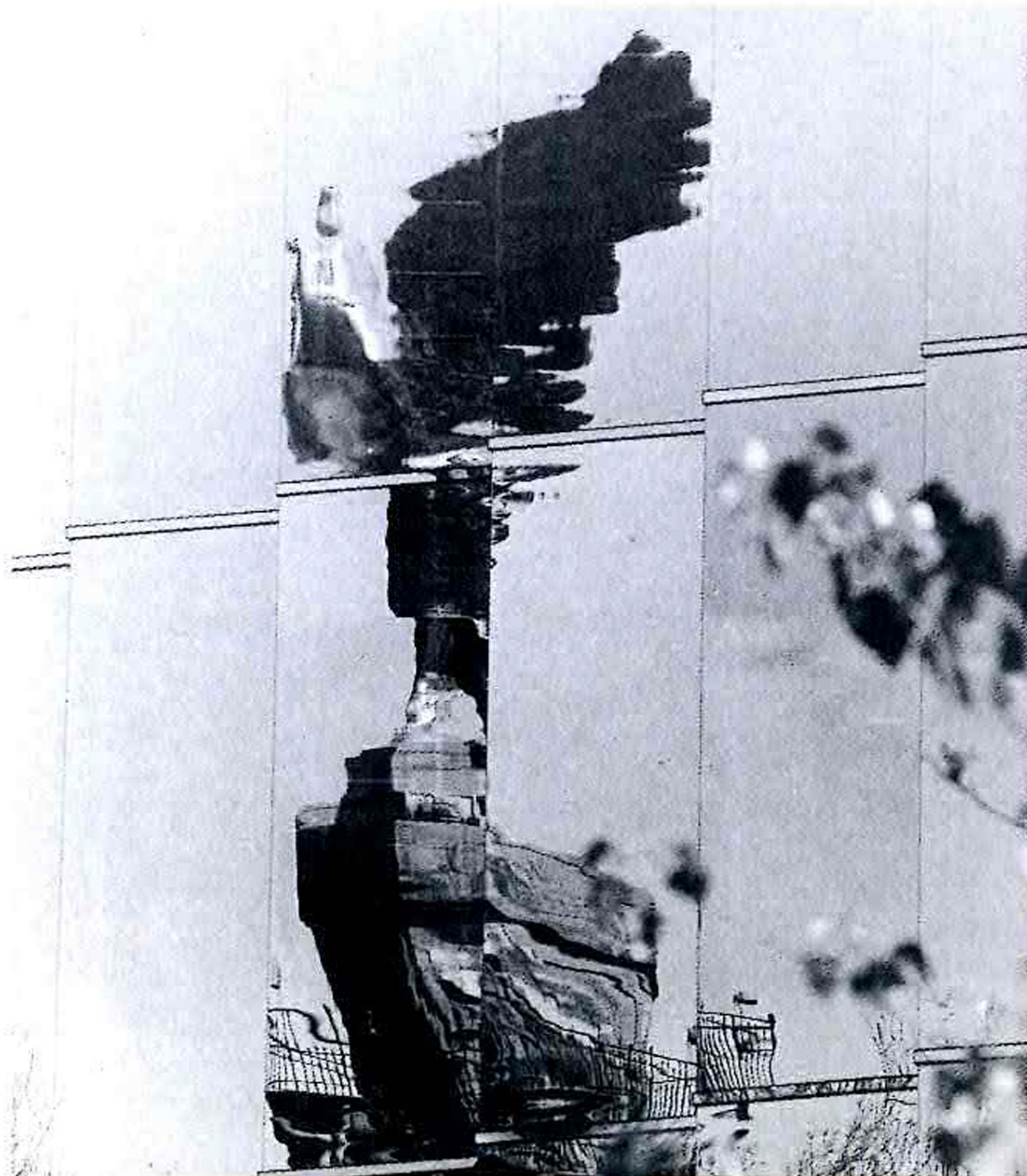


colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

serie alterna

El espejo de los días

RAFAEL CARDONA





AVISO OPORTUNO



Hubo un tiempo en que el periodismo era el reflejo de la vida diaria. Se alimentaba de la curiosa superstición de que todos los días ocurre algo nuevo. Hoy ya sabemos de sobra, nos lo ha enseñado Borges, que los diarios no están para dar cuenta de las novedades, sino las novedades para proveer de materia prima a los diarios.

En ese tiempo —dichosa edad, diría Cervantes— la prensa pulía cotidianamente el espejo de los días.

Hoy la diversidad de medios de información ha creado una nueva realidad y unos distintos miradores. La velocidad de la vista sobre la piel de la vida la ha distorsionado y los espejos repiten —moralidades o inmoralidades aparte— los brillos de otros cristales azogados en los que a su vez se asoman imágenes deformadas de otras realidades.

Aquellas antiguas lunas para ver la vida se han roto, empañado o perdido. Hoy no queda sino alzar los añicos y mirar —otra vez— la distorsión del sueño interrumpido mientras la televisión se enciende sola.



LA CÁPSULA Y EL INFINITO



Marcada por los signos, la historia ha quedado dividida en etapas denominadas por los avances tecnológicos y sus aplicaciones en la vida cotidiana; el signo del dominio del mundo mismo. Los avances humanos, uno a uno, han determinado la definición del tiempo, primero, y su apropiamiento mediante un nombre para, después, fijarlo en la comprensión humana, distinguirlo, precisarlo, limitarlo.

Si el Adán del paraíso le impuso a cada cosa su verdadero y no sabido nombre, los humanos hemos creado eras, del mismo modo que la naturaleza ha creado ciclos, pero con una diferencia: aquéllas son inciertas y contingentes y éstos son inmutables, precisos y silenciosos.

De la era de la cueva, la piedra, el bronce y el hierro, los hombres llegaron a las edades agrícolas, feudales, centralizadas; a las ciudades-estado, los reinos, las monarquías y las repúblicas, los imperios y las colonias, no necesariamente en ese orden.

A cada denominación corresponde una transformación que la define y ubica en el tiempo.

La relatoría de esos cambios se llama historia. Su recuento, su discernimiento en el tiempo, su continuidad forman la memoria de todos, y en ella concurren los símbolos, los mitos, el arte, la estética, la moral y el pensamiento analítico o creador, la filosofía y la crítica.



El tiempo actual podría definirse —y de hecho algunos lo hacen— como la Edad de la Información.

El desarrollo tecnológico, desde las primeras computadoras —para los ojos de hoy enormes paquidermos de cables y metales ruidosos— hasta la actual revolución cibernética que convierte cada casa en un yacimiento de datos que cubren toda la vida humana, ha producido un cambio en los modos de vida tan complejo que no es posible aún advertir ni sus efectos actuales ni sus consecuencias a futuro, o mejor dicho, la noción misma de futuro en cuanto a expectativa distante y difícil de columbrar ha quedado transformada en el tiempo actual y su vorágine silenciosa: la vieja relación del hombre con el tiempo —pasado, presente y futuro— ya no tiene relativos de inmediato en cuanto al futuro porque éste llega muchas veces antes de que el pasado se diluya.

La informática ha producido modificaciones en la vida diaria con una velocidad agregada; esto es, los lapsos transcurridos entre el grito de Stentor —el legionario que avisaba a las tropas romanas con potentísima voz— y el primer mensaje telegráfico de la historia se han reducido enormemente si se toman en cuenta los desechos en que se convierten las generaciones anteriores de aparatos electrónicos relacionados con la información.

En un lapso de veinte años la telefonía celular pasó de asombro y anhelo a molestia cotidiana en permanente evolución: teléfonos más chicos, más potentes, con más funciones, en una carrera hacia el infinito, cuya velocidad escapa a los proyectos mismos de la industria.

Hay en la evolución de las comunicaciones una especie de velocidad inmanente, intrínseca, una dinámica endógena avasalladora.

Los objetos no tienen que esperar demasiado para convertirse en antigüedades; de hecho, la velocidad de fabricación de todo hace que seamos anticuarios desprendidos pues automóviles, utensilios y aparatos de uso familiar caducan, en nuestro interés y en su funcionalidad, prácticamente el día de su compra.

Y una de las actividades humanas que con mayor velocidad cambia es la información social.



Información, en la era cibernética, es todo aquello almacenable, dirigible y digerible mediante “lectores” hechos para ese fin: el sonido que contiene un disco compacto es información expresada en *bits* para ser leída mediante un rayo láser.

Información es todo estímulo al conocimiento; comunicación es la respuesta a ese estímulo, ya sea en sentido de admisión o de rechazo, eso cuando se habla de relaciones entre humanos; en materia técnica, científica o tecnológica, la información es proceso automático, sin posibilidades de selección y por lo tanto sin oportunidad de error. Es el fundamento de la informática.

Cada línea de un grosor determinado es información para una lectora de códigos de barras y cada hueco en una cinta de papel en un viejo télex es mensaje codificado para convertirse en letras que a su vez son parte de una información.

Describir todo el proceso de la formación de los mensajes y la estructura del lenguaje y sus afinidades sería labor de semiología y no es necesario pensar un libro acerca de ello por dos razones: la primera, porque ya los escribió —entre otros— Umberto Eco; la segunda es innecesario explicarla.

El fin del siglo xx no será, como algunos lo habían supuesto, el de la era atómica: la energía liberada por el átomo no ha sido, en verdad, lo suficientemente utilizada como para que sea ese hecho maravilloso la materia que haya definido el rumbo o el rostro de la vida y permita llamar así a este lapso.

Hoy, quizá por el avance mismo en velocidades progresivamente geométricas, aceleradamente devoradoras de sus propios progresos del día anterior, es posible afirmar que nuestra era será conocida como la Era de la Información, que podría durar el resto del tiempo, si el tiempo tuviera límites o lapso final.

La aldea global, concepto tan repetido en los últimos años, ha sido causado por la total modificación de nuestras vidas. El desarrollo del telégrafo inalámbrico, la radio, la televisión —el invento del siglo— y la distribución de señales por microondas y el estacionamiento de satélites artificiales en el espacio exterior son —en



síntesis— el conjunto de rasgos básicos en el perfil de nuestro tiempo, hasta llegar a una certeza: no hay actividad humana que escape a la información; ella domina nuestras transacciones bancarias, nuestros registros de identidad civil, los documentos personales, la vida fiscal, las preferencias electorales, las decisiones políticas, los censos, la estadística sobre cuyos datos se reparte con frialdad la riqueza de las naciones: todo está dominado por los millones y millones de caminos de la cibernética, ciencia mediante la cual el hombre ha otorgado a sus máquinas la condición jamás alcanzada para la divinidad: omnipotencia y omnipresencia.

Actualmente hay una entidad superior en nuestras vidas que no se mide en misterios teológicos ni en conjeturas antropológicas o creencias religiosas: la información. Ella domina todo y ha hecho de nuestro mundo algo similar al cuento de Ray Bradbury "Vendrán lluvias suaves" donde una casa robotizada maneja el destino —tiempo de levantarse, tiempo de cocinar; los alimentos están listos, los platos están en la mesa sin que nadie intervenga; es tiempo de oír música ya seleccionada, ya pensada, hasta la final descompostura y el desastre— sin que alguien haya previsto en su programación que los hombres se han ido.

Pero como la función primordial de la naturaleza es copiar al arte, llama la atención este caso: Bill Gates ha diseñado una casa en función de la habitabilidad que puedan proporcionar los mecanismos de informática que él mismo ha introducido en el mercado a través de la empresa Microsoft, cuyas dimensiones y estructura parecen ir más allá de la fantasía humana.

Mas a pesar de todo este prodigio de cada día, el hombre de hoy vive en la insularidad de su ignorancia cultivada y viaja a través del tiempo sideral dentro de su soledad como una cápsula en el infinito.



PROFESIONALES Y DILETANTES



Rafael Cardona Sandoval nació a la mitad del siglo, en el centro de la ciudad de México, lo cual no tiene nada de notable, original o importante ♦ Vivió en la colonia Santa María la Ribera durante los primeros años de su vida siempre perseguido —e impresionado— por famas gloriosas, como Gerardo Murillo y Mariano Azuela, sus vecinos ♦ Fue un niño problema, característica que lo persiguió por el resto del tiempo y hasta la fecha ♦ Comenzó a vivir del periodismo a los 19 años de edad. Los anteriores no cuentan: del periodismo vivían desde su bisabuelo hasta su padre, pasando por innúmeros tíos ♦ Conoce todas las redacciones, las bibliotecas, lupanares y cantinas de México ♦ A las primeras acude y cuando puede funda una ♦ De las segundas no se ha retirado ♦ De lo demás sí, lo cual le produce buenos ratos y nostalgia ♦ Tiene amigos y amigas excepcionales —tanto que lo soportan— y ha trabajado para el gobierno cuando la ocasión lo ha requerido ♦ Le gustan los toros, mucho; ama la música, mucho; la pintura y la escultura, mucho; la comida mexicana, mucho; las mujeres rubias, mucho; las morenas, mucho; las montañas, el mar, su casa de Huatulco, sus animales, sus libros, sus discos y las corbatas de seda, y quiere, mucho, a una mujer y a sus dos hijos y a todo aquello que un hombre debe querer en la vida, empezando por su profesión ♦ Vive en un estado permanente de zozobra ♦ Se quiere retirar a los 50 años de edad; le faltan cuatro ♦ Y la casa de Huatulco no la ha empezado.

